

al abrigo de sospechas. Al llegar á este punto de su relato, háse preguntado, empero, si las pruebas aducidas bastan para fijar el convencimiento de una afirmación que consta de su pluma en párrafos anteriores: el señor Limantour ha sido el candidato del señor General Díaz para la Presidencia. Con entera franqueza reconoce que tales pruebas, aunque autorizan esa proposición en forma de inferencia, no son suficientes para vincular su aserto. Y pensó que hay una voz que podía sellarlo con su autoridad indiscutible: la del Presidente de la República.

Al señor General Díaz acudió el que estas líneas traza, solicitando de él que las armase con el acero de sus palabras. El señor General Díaz accedió á esta petición. Bien entendió el penetrante estadista que ella no debía considerarse como un acto de impertinencia, sino como la simple súplica de consignar públicamente un hecho más en la lista de los que arroja su incansable patriotismo.

Tuvo, pues, la bondad de recibirme el General Díaz (7 de febrero) y á las primeras frases cambiadas, se anticipó prontamente á mi pensamiento:

—Es verdad—me dijo—que el señor Limantour fué mi candidato para la Presidencia. Por mucho tiempo me esforcé en que aceptara esta indicación mía, pero él, por razones especiales, la declinó constantemente. Tengo cartas tuyas de París, en las que se niega de una manera terminante á aceptar la idea.

Y después, establecida la corriente de los recuerdos, que evocaban sus reiterados intentos para resolver el problema de la sucesión presidencial, el General Díaz me refirió sencillamente cómo, desde su primer período administrativo (1876-1880), había desechado las sugerencias de un grupo de sus amigos y partidarios que le proponía que siguiese al frente del Gobierno, única solución que aseguraba el iniciado progreso del país; díjome de sus buenas disposiciones constantes para transmitir el poder en manos de quien lo ejerciera en bien de la República, y nuevamente surgieron de sus labios aquellas declaraciones hechas al periodista americano Mr. Creelman: su deseo personal de abandonar el elevado puesto que ocupa y en el que cree haber servido lealmente á su Patria.

Así habló el General Díaz, y en una tregua de su palabra grave y serena, pensé que ante mí tenía al verdadero autor del pedestal sobre que se ha apoyado la labor del señor Limantour. Al constituir el Estado mexicano con las porciones de un país fragmentado é incoherente y hacer que en el alma colectiva naciera un concepto sólo percibido antaño en momentos de graves agresiones extrañas—el concepto de la nacionalidad,—el General Díaz ha creado las cohesiones económicas indispensables á la eficacia de una amplia gestión financiera.

En tanto, la voz del General Díaz se hacía oír de nuevo:

—El señor Limantour fué mi candidato para la

Presidencia de la República, porque en él he encontrado cualidades que lo hacen digno de desempeñar ese cargo. En una elección, mi voto estaría siempre en favor suyo.

Luego, en el instante en que me despedía, agregó:

—Sea usted sincero; es la única forma de ser leído.

Y yo he pensado que la mejor forma de ser sincero es la de transcribir íntegra y substancialmente sus palabras. Ellas constituyen la prueba más autorizada y concluyente del hecho que se proponía investigar el autor de estas páginas.

Los sucesos con que vamos á cerrar el presente capítulo están bastantes cercanos, por lo que no creemos indispensable darles un amplio desarrollo. —Apenas el General Díaz manifestara al periodista americano Creelman su deseo de presenciar en el país la organización de los partidos; apenas expresó su creencia de que el pueblo se encontraba ya en condiciones de capacidad para el ejercicio de la democracia, dejóse sentir en el antes tranquilo terreno de la cosa pública un desordenado impulso que, al amparo de una supuesta bandera política, mostró, desde un principio, los síntomas de una visible descomposición en los grupos que tomaron á su cargo ese movimiento. Se lanzó al aire una buena puñada de ideas disolventes; se trató de agi-

tar los apetitos y los instintos de las clases populares, cuya pasividad encubre atávicos sentimientos de rebeldía; inicióse, en suma, una campaña en la que vibró nuevamente el odio á los *científicos*. Y el odio á los *científicos*, verdadero ó fingido, convicción ó pretexto para provocar conflictos, trajo, como era natural, consigo, la renovación de los ataques al señor Limantour.—¿Qué importaba que el Ministro de Hacienda se hubiese eliminado voluntariamente de la contienda política? Lo interesante era inquietar á la opinión, proyectar sombras, hacer obstruccionismo, viejo programa de los politicastos á caza de personalidad y posición. Ya años atrás, un historiógrafo nacional había dicho que la libertad en México debía darse dosificada, como la da la naturaleza en el aire que respiramos; so pena de perder en un ensayo frustráneo los bienes alcanzados á costa de tantos esfuerzos.

Mientras, las agresiones subieron de tono, y á semejanza de lo que ocurriera en 1895, uno de los organizadores de la algarada fundió en letras de molde una terminante acusación contra la equidad de la gestión financiera del Ministro de Hacienda. Y como en 1895 también, el señor Limantour recogió el guante y ofreció campo abierto á su acusador, en una carta cuya serenidad contrastaba con la descompostura y la violencia de los ataques de que era objeto.

Salvemos ese documento del olvido en que caen los materiales que entran en la elaboración de la prensa diaria:

«México, julio 27 de 1909.—Señor Director del periódico «El Partido Democrático.» Muy señor mío:—«El Partido Democrático» del 24 del presente publicó un extenso artículo titulado «El Partido Científico,» en el cual se atribuye al supuesto partido designado con este nombre todo lo malo que puede hacerse en política y una perniciosa ingerencia en la gestión financiera del Gobierno nacional. No quiero contribuir con mi silencio á que subsista por más tiempo el sistema de los ataques solapados de que viene abusándose, mucho ha, como arma de partido poco justificable.

«De la política financiera del Gobierno, sólo hay dos responsables: el señor Presidente de la República que la dirige, y el suscrito que la aconseja y lleva á la práctica; no menciono á las Cámaras Federales, no obstante que mis actos han merecido siempre su aprobación, porque deseo alejar hasta la sospecha de que trato de escudarme con ellas.

«Jamás he admitido en la Secretaría de Hacienda ingerencia extraña, ni he favorecido indebidamente á nadie; si los articulistas y oradores á quienes aludo tienen algo que reprobarme á este respecto, que salgan de su sistema de ataques vagos é impersonales y que expresen nombres, negocios y las pruebas en que se apoyan, seguros como deben estar, por mi invariable conducta para con los periodistas, de que, para imponerles silencio, no apelaré á la acción de difamación.

Soy de usted, atento y S. S.—*José I. Limantour.*»
¡Brillante oportunidad ofrecida á los adversarios

del señor Limantour para apoyar en casos, hechos y pruebas las afirmaciones lanzadas por aquellos días en artículos de periódicos y discursos al aire libre acerca de negocios poco claros y maniobras nada lícitas de los *científicos*, protegidos y amparados por el Ministro de Hacienda! ¿Esto hicieron sus adversarios? A lo sumo, estrechados por el compromiso, señalaron como *caso concreto*, después de meses de gestación, la posible inversión en subvenciones á periódicos de la partida de *gastos generales* en el presupuesto de un ministerio, que no era por cierto el de Hacienda; partida propuesta por ese departamento de Estado (Gobernación) al igual que otras semejantes de las demás Secretarías, y aprobada por la Cámara de Diputados. ¡A esto se redujo la última terrible campaña librada contra nuestro biografiado!

El Ministro de Hacienda ha salvado nuevamente estas pequeñeces y estas ingratitudes, encerrándose, como de costumbre, en la tarea con que enaltece su amor á la Patria. Esto es de señalarse en México, donde, á través de un chillante *patrioterismo*, apunta una dolorosa crisis de patriotismo, de patriotismo desinteresado y pronto al sacrificio. Si no desde su primera juventud, años más tarde ó aún en fecha más cercana, pudo el señor Limantour haber fijado su residencia en países extraños; en ellos habría encontrado medio propicio á la vida del espíritu, á sus aficiones de arte, á su salud misma. ¿Qué más? Hacia ellos le atraen en estos momentos suplicantes afectos de familia. Y cuando se

ha llegado á fecundar con estas abnegaciones el suelo patrio, ¿qué son y qué valen y qué significan ciertas miserias? Disputas de hombres, agua que pasa por los molinos.....

VII

Si por un prodigio irrealizable, la estructura material de ciertos hombres pudiera ser legada á la inmortalidad por la fuerza creadora de aquellos artistas que más íntimamente sintieran la representación de cada figura humana, el lienzo en que perdurase la del señor Limantour habría reclamado el pincel espiritual de aquel exquisito retratista de los caballeros de la corte de Carlos I, cuya alma generosa y suave—según la frase de un impercedero crítico de arte—tenía dulzuras y tristezas que los demás pintores no han conocido: Van Dyck.—Para fijar gallardamente la figura de nuestro biografiado en el breve término de una página, un "*Aprendiz de retratista*",—pseudónimo que apenas vela la personalidad de uno de nuestros distinguidos escritores, don Victoriano Salado Alvarez,—ha trazado unas cuantas líneas que quedarán perennemente por la interpretación fiel y precisa del «original:» «Alto, pálido, elegante, parece tallado en el tronco de un cedro airoso y fino. El rostro lo tiene severo,